

Vosotros sois mis amigos

*«Quiero que me concedas
este nombre; el más bello
por su infinita y clara paz: AMIGO»
(J. M^a. Pemán)*

1.-Nombre propio

"A vosotros os he llamado amigos" (Jn 15, 15). Llamar, por parte de Dios -por parte de Jesús-, no es simplemente pronunciar un nombre. Es crear la realidad significada por el nombre pronunciado. Porque la llamada divina es siempre eficaz, creadora de ser. Nunca es una palabra vacía. Por eso, ser llamados por Jesús es de verdad ser, comenzar a existir.



Es de veras aleccionador y sugerente recordar la significación bíblica del nombre. Para un semita, el nombre propio es un elemento esencial de la personalidad del hombre o de la mujer que lo lleva. El nombre constituye y define a la persona. Es su doble. La hace inteligible y la da a conocer por dentro. El nombre no es sólo una contraseña o un distintivo, sino también y sobre todo un lema, un programa de vida, la expresión de una vocación o de un destino, un quehacer irrenunciable y una profecía en acción. Salvarse es tener inscrito el nombre en el libro de la vida. Borrar el nombre de ese libro equivale a condenarse, que es perderse para siempre.

Hasta se llegó a pensar que el nombre tenía un poder mágico, una fuerza de encantamiento. Conocer el nombre propio de alguien -incluso el nombre de Dios- suponía tener sobre él un cierto dominio y ejercer un secreto influjo.

En esta línea de pensamiento, resulta interesante y sugestivo meditar sobre los distintos nombres que encontramos en los escritos del Nuevo Testamento para designar a los discípulos de Jesús de Nazaret. La lista completa de estos nombres expresaría, en síntesis descriptiva, la índole propia, el ser y las actitudes básicas del verdadero cristiano. Evocar estos nombres no es tarea difícil y puede ser provechosa.

Ahora recordamos uno solo. Que es, como decía Pemán, «el más bello / por su infinita y clara paz: Amigo». Tiene carácter de nombre propio -aunque sea común a todos-, porque es estrictamente personal y sustantivo. Es aplicable, de hecho y de derecho, a cada uno en particular. Y sin metáfora. El amigo auténtico -el que merece de verdad este nombre- es siempre único, pero no en el sentido de exclusivo, sino en el sentido de inconfundible. Cada amigo es realmente inconfundible. «A nadie te pareces desde que yo te amo», dice el espléndido verso de Neruda.

2.-El nombre de amigo

El nombre de amigo es, en realidad, nuestro más verdadero nombre. Revela y expresa nuestra vocación más fundamental, porque hemos sido pensados, queridos y creados por Dios -en Jesucristo- para ser sus amigos. La creación, de hecho, no tiene ni ha tenido sentido pleno en sí misma. Existe en función de la alianza, es decir, de la amistad de Dios con el hombre. La alianza es razón intrínseca de la creación, y la creación es razón externa -condición y pretexto-de la alianza.

Dios no nos ha creado por el deseo de tener «criaturas»; ni siquiera por el deseo de tener «siervos», sino para tener amigos, extendiendo hacia fuera de sí mismo y comunicándonos la propia Amistad que define el misterio trinitario. Porque Dios es constitutivamente Amistad: Amor recíproco entre Tres Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, con la máxima reciprocidad e intensidad posible. Y ha decidido, por libre iniciativa amorosa, abrir gratuitamente esa Amistad. Por eso y para eso ha creado al hombre, nos ha creado a cada uno de nosotros, estructurándonos por dentro -ontológica y psicológicamente- para vivir en Amistad. En Amistad con El y entre nosotros mismos. Dios nos hizo «a su imagen y semejanza» (Gén 1,26 s.).

San Pablo llama misterio al designo eterno de Dios de salvar al hombre en la Persona de Jesús, en cuanto encarnado, muerto y resucitado. Es un plan inteligente, libre y amoroso sobre cada hombre, uniéndole y relacionándole con los demás. Por eso es personal y comunitario, al mismo tiempo. El amor de Dios une siempre y no separa nunca. Por pura iniciativa suya, desde toda la eternidad, nos ha elegido en la Persona de su amado Hijo para que seamos hijos y amigos suyos (cf Ef 1,3?12).

3.-Ejercicio de reconocimiento

Es conmovedor y suscita inevitablemente el asombro pensar que nosotros, criaturas tan frágiles, valemos más y contamos más para Dios que todo el gigantesco universo material. Debemos hacer un

serio ejercicio de reconocimiento: Caer en la cuenta agradecidamente de esta gran verdad, creer en el Amor personal, gratuito y entrañable con que Dios nos ama, sabernos cada uno implicados en esta elección y en esta predilección, desde antes de la creación del mundo, y sin mérito alguno por nuestra parte.

Fácilmente cedemos a una sutil y grave tentación: Pensar que Dios nos ama «en grupo», con amor «general», es decir, impersonalmente. Creer que, en el plan de Dios -en el misterio--sólo entran las grandes figuras, los santos, y que los demás- cada uno de nosotros--sólo entramos de un modo anónimo e impersonal. Ahora bien, esto es una herejía. Una de las más funestas herejías, que destruye por su misma base la auténtica relación del hombre con Dios. Un amor neutro o impersonal no es amor. Porque contradice la esencia misma del amor verdadero, que es una relación de tú a tú. Y que, en nuestro caso, arranca siempre de la libre iniciativa de Dios y que, por eso, supone gratuidad absoluta.

Porque el amor de Dios es infinitamente gratuito -sólo ama por Amor- no puede estar recortado o condicionado por nuestros problemáticos méritos, y es indefectible.

Deberíamos meditar, hasta convertir en vivencia personal, las afirmaciones del Concilio Vaticano II:

«La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. Desde su nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios: Pues sólo existe porque Dios lo ha creado por amor y por amor lo conserva siempre, y sólo vive plenamente según la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se entrega a su Creador" (GS 19).

«Este propósito dimana del amor fontal o caridad de Dios Padre... Creándonos por un acto de su excesiva y misericordiosa benignidad, y llamándonos además graciosamente a participar con él en la vida y en la gloria, difundió con liberalidad y no cesa de difundir la bondad divina» (AG 2).

«El Padre Eterno, por una disposición libérrima y arcana de su sabiduría y bondad, creó todo el universo, decretó elevar a los hombres a participar de la vida divina» (LG 2).

«La vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, divina» (GS 22).

4.-Jesucristo: El Amor y el Amigo

Jesucristo es la prueba y demostración suprema del Amor que Dios es y del Amor que Dios nos tiene. Es la máxima revelación de Dios como Amor-Amistad. Y la epifanía máxima del Amor, de la ternura, de la misericordia de Dios para con los hombres¹.

Dios, en Jesucristo, se nos revela como Amor y como Amigo. El amor del Padre al Hijo es el principio del amor del Hijo a los hombres. Y el amor del Hijo a los hombres -sus hermanos- es principio y norma última del amor de los hombres entre sí. El amor del Hijo -o del Padre por el Hijo en el Espíritu- es la causa, el modo y la medida del amor mutuo de los cristianos².

Jesús llama a sus discípulos amigos. Cada creyente en Jesús es, para él, un verdadero amigo. La fe es una amistad. Es confiar infinitamente en Cristo, creer en su amor personal y entregarse a él sin

reservas, definitivamente. Jesús condensa y resume -en latido humano- todo el Amor?Amistad de Dios para con los hombres. Es la Ternura misma de Dios hecha visible y demostrada. Por eso, creer en Jesucristo es creer que Dios nos ama. Y creer en el Amor de Dios es creer en Jesucristo.

La amistad implica confianza y comunicación. Jesús no nos llama siervos, porque el siervo no está al corriente de los sectores de su señor. Nos llama amigos porque nos ha abierto de par en par su Corazón y nos ha comunicado todos sus secretos: todo lo que ha oído y todo lo que sabe del Padre³. Y nos ha dado la prueba decisiva de su amor, muriendo por nosotros⁴.

Cada uno de nosotros tiene el derecho y el deber de repetir con San Pablo: «Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gál 2,20).

Sabernos amados por Jesucristo -con esa certidumbre inviolable que da la fe- es la más rica y sabrosa experiencia que podemos vivir. Una experiencia radical, porque toca las raíces mismas de nuestra persona, nuestra misma urdimbre, que es la afectividad o capacidad y necesidad de amar y de ser amados. Por eso, la amistad personal con Jesús -que consiste fundamentalmente en creer en su Amor y en dejarnos amar por él- puede reestructurar desde dentro nuestra misma psicología y crear en nosotros el verdadero equilibrio, la integración y la paz.

"¿Quién nos separará del amor de Cristo?", pregunta San Pablo. Y responde lanzando un formidable reto: "En todo esto salimos vencedores gracias a Aquél que nos ha amado. Porque estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarnos del Amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Rom 8,35?39).

5.- Creer en el Amor: Dejarse amar

En última instancia, todo se reduce a creer en el Amor, a dejarse amar, consintiendo en ese Amor, hasta lograr una convicción total que embargue a la persona entera. Entonces comprenderemos, por experiencia, que dejarse amar es la mejor manera de amar y que creer inviolablemente en el Amor personal de Jesús es la suprema manera de vivir en fidelidad. Porque nosotros nunca sabemos si le amamos de verdad; pero sabemos con certidumbre absoluta que él nos ama. Creer que él es fiel, es para nosotros ser fieles.

La vida religiosa, por su especial radicalidad, es también una forma radical de Amistad con Jesús y entre nosotros. No nace de nuestra iniciativa, sino de la suya. No le hemos elegido nosotros a El, sino que El nos ha elegido a nosotros y ha pronunciado sobre cada uno el nombre propio de Amigo, llamándonos a seguirle y a compartir su mismo estilo de vida. «La vida religiosa es una Amistad, ha recordado Juan Pablo II, una intimidad de orden místico con Cristo» (31?V?1980). Es "una Alianza de amor esponsal" (RD 8).

Sin embargo, muchas veces, hemos vivido nuestra consagración en lógica de contrato jurídico, no en la lógica, cada día más exigente y cordial, de la Amistad?Alianza. En esta lógica, debemos vivir nuestra vida religiosa en una real «transposición de acento»: Vivirnos a nosotros mismos desde Jesús. O, más bien, permitir que sea Jesús mismo quien en nosotros viva, conscientes de que Jesús no suplanta

nuestra personalidad, sino que la afirma y la confirma.

Cuando podamos decir, como San Pablo: «Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20), y en la medida en que lo podamos decir, seremos de verdad nosotros mismos, los hombres o las mujeres que Dios, desde siempre, ha pensado y querido. Si hemos sido predestinados a reproducir en nosotros la imagen de Jesús (cf Rom 8,29), consistimos en parecernos a él. Por eso, cuanto más nos parezcamos a él seremos más de verdad nosotros mismos.

Desde nuestra misma experiencia, comprobaremos y proclamaremos a todos los vientos la verdad de la vigorosa afirmación del Concilio:

"El que sigue a Cristo, Hombre perfecto, a sí mismo se hace más hombre" (GS 41).

Nadie ha realizado, mejor que María, esta plena y cabal identificación con Jesús. Ella fue, de hecho, "una pura capacidad de Jesús, llena de Jesús". Por eso, fue plena y cabalmente Ella misma, la Mujer -bendita entre todas- pensada y querida por Dios desde siempre. Por eso, Ella -en su Hijo y con su Hijo- es realización y profecía de la nueva humanidad.

María es también revelación y expresión 'sacramental' del Amor de Dios. En María, Dios nos ama con amor maternal. María es como un sacramento -signo sensible y eficaz- del amor que Dios nos tiene.

La relación personal y entrañable con María-Virgen, Madre, Hermana y Amiga, en amor filial, fraterno y amistoso, es la mejor escuela de Amistad personal con Jesucristo y con los demás, y maduración e integración de la afectividad.

Severino-María Alonso, C.M.F.

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/vosotros-sois-mis-amigos